

Los seres humanos en el paso de la historia personal poseen una gran tarea por construir, la de ser felices. Tal edificación solo se recibe cuando se ha recorrido el trayecto de la vida con madurez humana, interacción con el entorno que le rodea y con una mirada desde la fe y desde la esperanza en la persona del Dios de Jesucristo, quien desde el Evangelio anima a vivir al hombre en dignidad y sentido como una experiencia constante de amor que salva integralmente. Pero, ¿es posible pensar que el cristiano de hoy esté asumiendo con claridad una verdadera identidad desde la base de persona humana, llena de sentido y razón en su ser y en su quehacer en la historia?

Ante tal cuestionamiento, es fundamental incentivar la necesidad de buscar urgentemente el sentido de su ser como persona, como humano, y como ser social en los creyentes de hoy, que le permita dar fe de su relación con el Dios de Jesús que llama al amor que humaniza y dignifica; no puede seguir extendiéndose en nuestras asambleas creyentes la enseñanza de la fe cristiana cuando las acciones van en contravía de su propósito y solo se perciben acciones deshumanizantes; la razón se centra en que no es posible vivir la fe en el Dios de Jesucristo de manera aislada, desligada de las realidades trascendentales y transitorias de la existencia y del espacio terrenal en el que se desenvuelve cada día; la fe cristiana ha de vivirse dentro del mundo y de la historia que como seres humanos nos encontramos, y en ella, descubrimos los argumentos sólidos para llenar de sentido de razones nuestro ser y nuestro quehacer; solo así se podrá responder a las exigencias y a la responsabilidad de construir y transformar la historia.

Esto tiene una cierta dificultad que es compleja históricamente, pero que, a la vez, desde la misma fe como punto de partida en la experiencia con el Dios de Jesucristo, se conciben opciones o criterios que como camino y decisión libre del ser humano pueden servir para vencer tales obstáculos. Es necesario entender de antemano, que la Iglesia siempre ha tenido y tendrá la mayor responsabilidad en este camino humanizante del creyente del Dios de Jesucristo.

Una dificultad compleja...

Cuando se logra interiorizar la propia humanidad, viviendo desde la propia naturalidad, es decir, sin máscaras y sin pensamientos ajenos, y en libertad ante las ideologías opresoras del mundo, se comprende con claridad el contenido de ser persona humana en el hoy de su propia existencia. A partir de aquí, como seres humanos, se logra progresivamente tener sentido y razón de ser, cuando se concibe la existencia dentro de una realidad y un contexto histórico, el cual es construido por él mismo y que sirve de espacio temporal para el desarrollo propio de lo humano; en dichas circunstancias no se puede olvidar lo que nos establece como: creaturas, personas, seres humanos y sociales en desarrollo (Gn. 1 y 2). Pensar así permite al ser humano, es decir, a cada uno de nosotros, la búsqueda de ejecutar el compromiso con el mundo y con la historia, asumiendo responsablemente nuestro intervenir en el hoy y en el mañana de cada acontecer, dando siempre lo mejor de cada uno de nosotros. Lo anterior repercute en nosotros mismos, ya que es presupuesto para generar un sentido y una razón en el ser y el hacer de nuestra propia individualidad.

Pero ante tal pensamiento de trascendencia, existe la magna dificultad que ha estado siempre en la propia naturalidad humana, **cuando, asumiendo la libertad el individuo busca separarse de lo propiamente trascendente a su ser en sí y de fuera de sí, quedándose en la superficialidad de lo terrenal, expresándose solo en el disfrute individualista del momento, sin pensar en su obligación para con el mañana.** Aquí existe un camino de desorientación, puesto que cuando en el mundo no se descubre, nuestra trascendencia no logra construir los fundamentos para darle sentido y razón a lo que humanamente somos, impidiendo ser protagonistas de la historia misma, sino que se termina siendo espectadores vacíos y desligados de la realidad; tal pérdida nos lleva a no responder con la tarea del buscar y encontrar las respuestas necesarias para argumentar la importancia de persona humana en su sentido y valor frente a la historia que le interpela y le espera.

Aquí subyace una de las grandes dificultades de los discípulos de Jesús, es decir, cuando no viven su fe desde una manera trascendente en relación con su ser y su quehacer en correspondencia con el entorno (historia -mundo) que le rodea, emite una débil identidad cristiana, la cual no contribuye a ningún tipo de apoyo moral y ético para la transformación y la construcción de las realidades circundantes. Por

ende, el debilitamiento de la fe durante la historia de los últimos tiempos no solo se da porque se aparte al Dios de Jesucristo de la condición humana, sino porque también el mismo ser humano se aparta del mundo y de la historia en la que está involucrado, pero con un frágil y casi que nulo testimonio cristiano.

Por otra parte, está la historia de hoy, como la de ayer y la del mañana se ha de vivir con plena conciencia y libertad, es decir, desde lo que se es, desde la propia originalidad de la existencia. Por eso la necesidad de redescubrir lo que es y lo que se tiene, permitirá existir con autenticidad y asumir con firmeza a lo que se está llamado. Hoy la historia está padeciendo procesos de transformación de manera conjunta e integral, y, con pasos de gigante, pero en su interior, tal realidad transformadora se concibe como la percepción de una alta tensión, una lucha en donde se presentan grandes y arrolladoras fuerzas oscuras provocadas por la propia mentalidad humana que, desconectada de los beneficios de tales transformaciones históricas, muchas veces generan realidades egoístas, superficiales y limitadas. Tales acciones han conllevado al irrespeto de la dignidad humana, atentado contra los Derechos Humanos individuales y colectivos, ocasionando problemas en la economía mundial y regional, generando injusticias sociales a gran escala en todos sus ámbitos y acelerando la creciente deshumanización, instrumentalización capitalista de la existencia; todo esto como ideologías impuestas que marcan la libertad, limitándola y llevándola a los miedos dominantes y caminando sobre las incertidumbres ante la búsqueda de un mañana mejor; todo esto se interioriza en la fe, incrustando en su interior una parcialización poco profunda y llevando al fanatismo religioso, entre otros.

Todo lo anterior, frente a una desconexión del hombre con el propósito de la vida humana, en la no trascendencia de su propia existencia y en el distanciamiento de su relación con el Dios de Jesucristo y del entorno que le circunda. Han negado y siguen negando condiciones para generar insumos propios para la búsqueda del sentido y la razón de su ser como persona, ser creatura, ser humano y ser social; es decir, **no tener identidad de sí mismo y su relación con el otro y los otros, desviándose y llevando a tener razones humanas para destruir y destruirse, y construir una herencia superficial negada de todo elemento que lleve a elevar el deber y el derecho de ser feliz.**

En consecuencia, tal desconexión frente al propósito de la vida, la trascendencia de sí mismo, la incomunicación con su entorno y el distanciamiento con el Creador, impiden, obstaculizan y fragmentan la realización del fruto espiritual: el amor, que busca promulgar la luz deslumbrante en nuestro acontecer diario. Negará también la presentación de una novedad que, desde la conciencia recta, pueda brotar el compromiso de la construcción progresiva de una historia más humanizante, la cual dignifique la existencia y potencialice el progreso como beneficio común para todos; tal situación generará en el mundo y la historia -en palabras del papa Benedicto XVI- la falta de personas, que a través de una fe razonada y vivida, muestren a Dios como una realidad creíble en este mundo, y continua manifestando el papa con una propuesta de compromiso que desafía al creyente de hoy: “Si no están persuadidos y no son capaces de persuadir, tampoco tienen derecho a exigir un carácter público”; por ende, el único valor con el que el cristiano puede hacerse valer públicamente es el poder de su verdad interna¹; tal verdad que solo se construye cuando se tienen argumentos sólidos que permiten dar razón del ser y el de hacer propio del hombre en la historia y el mundo.

Pero la compleja involución generada por nuestras propias manos humanas mantiene la urgencia “hoy” de revertir todo tipo de movimiento que conciba en el espacio y el tiempo una cierta negatividad. Por consiguiente, es necesario dejar la distracción que, desapegada a la trascendencia, tiene al ser humano dormido en las pasiones terrenales enclaustradas en el afán individualista; por otra parte, el concurrente oscurecimiento de las acciones humanas que muchas veces opacan cualquier tipo de novedad venidera en el mundo y la historia. **Para poder revertir tales situaciones en el hoy de nuestra realidad, se exige de todos los seres humanos, y más como creyentes, no vivir de manera ignorante y extraviada, sin tener la capacidad para traspasar de manera analítica nuestros contextos. No se puede estar y vivir acomodados a lo cotidiano, según nuestras conveniencias interesadas, y no se puede estar en el hoy sin sentir plenamente su contextualización desde su ayer, su hoy y la posibilidad de un mañana mucho mejor, el cual con un análisis crítico y una dinámica común, se debe construir.**

¹ La Filosofía de Ratzinger, ciencia, poder, libertar, religión. Euclides Esclava. 6. Ética y trascendencia. Pag.: 46. Editorial Universidad de la Sabana.

La existencia de algunos caminos transformadores...

En palabras de Timothy Radcliffe, el ser humano, que como cristiano vive una fe, la única manera de que prospere será manteniendo una cultura cristiana vigorosa, segura de sí misma y llena de vida, pero en interacción dinámica con la cultura contemporánea². Por ende, no se puede vivir la fe cristiana como una mera conservación -sin perder lo esencial y trascendental en el contenido de la fe-; el creyente debe afianzarse, caminar en la historia de cara al mundo que tiene en frente, y aprender con la lupa de la fe en el Dios de Jesucristo, leer los acontecimientos, interpretarlos, y darle una posición justa que genere transformación y desarrollo no solo para la historia misma, sino para el ser humano, que desarrollará su sentido en su ser y en su quehacer.

Por consiguiente, los puntos de arranque que han de servir para que todo creyente recupere su trascendencia, el desarrollo de su integralidad y el asumir su compromiso con el entorno, parten desde **(1)** el serio hecho de aprender a comprender, vivenciar y madurar su fe en el Dios de Jesucristo, en relación con el contexto histórico en que vive; una fe separada del espacio y el tiempo es una fe que se agota y no tiene horizontes y mucho menos frutos; también es fundamental que el creyente de nuestras comunidades parroquiales **(2)** no ignore hoy la necesidad misma de redescubrir su identidad propia de ser humano, de creatura, persona y ser en sociedad, desde su sentido mismo y su razón del ser y del quehacer; por otra parte, la apremiante **(3)** tarea de generar una contextualización en los creyentes de nuestra Iglesia, es decir, ayudarles a conocer dónde, porqué y para qué están colocados en el marco de la historia que les interpela y les exige acciones urgentes como sacerdotes y profetas. Todo lo anterior **(4)** que cada creyente pueda ser y hacer conscientemente y coherentemente desde el amor, capaz de ser protagonista de las transformaciones y de las construcciones de una historia más humanizada y más dignificante.

Desde este contexto, lograr la evolución de una historia humanizada y dignificante generará esperanza cuando con radicalidad. Cada creyente asuma dicha existencia con los pies sobre la tierra y la mirada en el horizonte y desde allí, con la comprensión del Evangelio de Jesucristo, se puedan vislumbrar los

² Ser cristiano en el siglo XXI, una espiritualidad para nuestros tiempos. Timothy Radcliffe. Editorial: Salterae. Santander (Madrid) 2011 Pág.: 24

caminos indicados para generar acciones que edifiquen una historia más justa, más centrada en la verdad, en la construcción de la paz y la unidad. Todo con el firme propósito de que el ser humano de hoy este siempre lleno de sentido y razón de su propia existencia.

Si bien es claro, esto solo se realiza con más plenitud cuando nosotros nos esforcemos por focalizar nuestra conciencia, haciéndola más humana y más social, enmarcándola en la libertad de vivir nuestros derechos y la docilidad para asumir nuestros deberes. Esto nos permitirá redescubrir las innumerables cosas buenas que poseemos como creaturas, y así con responsabilidad cristiana y social, se le darán a la historia espacios habilitados para que la luz de las buenas acciones humanas brille y adorne nuestra historia con su resplandor incandescente, que jamás se ha de debilitar por muy oscuras que sean nuestras propias tinieblas.

Para concluir, ha de ser necesario que cada cristiano encuentre dentro de su experiencia, con el Dios de Jesucristo, **la razón fundamental del sentido de la vida, la razón de su existencia y los argumentos para dar respuesta a su responsabilidad con el entorno que le rodea a lo largo de su historia presente.** Y tal respuesta se centra en el amor, conocidamente auténtico y fructífero, que es capaz de transformar y construir de manera humanizante y dignificante. Por ende, si le seguimos apostando a una Evangelización no solo de conservación, sino dispuesta a humanizar y edificar al hombre conciencia de dar, podemos hacer posible que nuestras comunidades eclesiales de fe sean capaces de tener una experiencia de compasión frente a la necesidad del otro, comportándose como un verdadero prójimo. Aquí está la lección de Jesús que, genialmente presentada en la parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37; Mt 22, 34 – 40; Mc 12 28 – 31), hace posible la práctica del amor, de un amor sin límite.³ Por consiguiente, el ser uno mismo y encontrar sentido y razón a nuestra propia existencia requiere algunos esfuerzos que debemos analizar muy interiormente y asumirlos con urgencia en nuestra vida hoy, y esto debe hacerse desde la experiencia de la fe en el Dios de Jesucristo, que con su Evangelio nos invita a construir nuestra identidad de hijos y dar testimonio de hermanos.

³ Moral Social. Lectura solidaria del continente. P. Tony Mifsud, sj. Editorial: Celam. 4.1. la parábola del buen samaritano. Pág.: 138 - 148

Concluimos este análisis diciendo que la necesidad del cristiano de hoy debe ser la de redescubrir el sentido y la razón de su ser como persona humana en su identidad y en su actuar, cuyo fin permita ver los frutos del testimonio cristiano, que se identifican en la vivencia auténtica del amor pleno y sin límites; para esto se deben retomar algunos criterios que ayudarán a tal redescubrimiento interior:

1. Retornar con naturalidad y sin atropello a la esencia de sí mismo. Ser uno mismo.
2. Retomar el carácter de vivir como seres humanos para comprometernos a humanizar a los demás.
3. Enfocar nuestros pensamientos y nuestras acciones a la construcción de una realidad social que eleve y trascienda en el valor de la dignidad y el valor del sentido.
4. Trabajar mancomunadamente para fortalecer la conciencia de la historia en tres elementos: ser creatura, ser persona y ser social.